

GUA.— ¡Don Román...

ROMAN.— Te lo garantizo. En el escenario y fuera del escenario, en la ficción y en la realidad, lo único que nos estorba es el propio corazón. ¿Tú no lo tienes? Pues ya estás en franquía para luchar y para vencer.

GUA.— (*Alucinada.*) — ¿Vencer? ¿Triunfar?

ROMAN.— Te lo garantizo. Tienes facultades, pero te sobran escrúpulos. Si echas por la bandan unos pocos, tú llegarás.

GUA.— (*Entusiasmada, mirando a lo lejano, al porvenir.*) — ¡Triunfar!...

ROMAN.— Créeme a mí, Guadalupe... y digamos juntos la salve de los desengañados: Corazón que te marchas... ¡anda con Dios!

GUA.— ¡No, no!

ROMAN.— ¡Dilo, no seas boba, dilo!

GUA.— ¡Triunfar!... ¡Si! Corazón que te marchas... ¡anda con Dios!

ROMAN.— ¡Marcheth..., tú serás rey! ¡Guadalupe, tú serás actriz!

GUA.— ¡¡Triunfar..., triunfar!!

TELÓN

ACTO TERCERO

Un cuarto de teatro, ahora lo más elegante que se pueda. Luces encendidas, aunque es de día. En Octubre. Han pasado tres años.

ESCENA PRIMERA

GUADALUPE, ayudada por DOROTEA, acabando de vestirse un traje de recepción.

GUA.— Puedes abrir ya.

DOR.— ¿Recuerda la señorita que ha de volver el empresario de Barcelona?

GUA.— Resueltamente no voy.

DOR.— Pues yo lo pensaría un poco más. Diez duros, un beneficio, ir de primera a un buen teatro...

GUA.— Es mucho, sí; pero todo ello no me compensa el abandonar Madrid.

DOR.— Aún comprendería que lo rechazara si hubiera por estos países alguien de su gusto...

GUA.— Nadie. A todas horas estás tú conmigo. ¿Quién mejor que tú para saberlo?

DOR.—Es verdad... y parece mentira. Con lo guapa que es la señorita y lo buscada que se ve... ¡Yo en su lugar ya habría estado veintidós veces para casarmel

GUA.—Pues yo no, ni pienso en eso.

DOR.—Con quien me malicié mucho tiempo que había algo fué con don Román.

GUA.—Admirarlo como autor y quererlo de amigo, con una estimación y un afecto enorme, eso sí.

DOR.—Pues usted se pone muy seria én cuandle gastan una broma. ¡Ya sólo falta que le pida usted permiso para tener novio!

GUA.—No lo digas en burla, porque aciertas de veras. Habría de sentirme inclinada a un hombre... y como Barradas me dijera: «ese, no...», ese, moría para mí. Tengo en él una fe tan grande y le debo una gratitud tan inmensa, que su voluntad es la mía, sin discutir y sin vacilar.

DOR.—Con esa gratitud y esa voluntad... es suerte de usted que don Román sea tan buena persona, que si fuera menos caballero, se nos quedaba usted muy pronto en menos señorita...

GUA.—¡¡Dorotea!

DOR.—¿Tanto le debe usted?

GUA.—Tanto. Por él soy quien soy. Y la úni-

ca pena es la de no poder pagarle sus bondades.

DOR.—¿La única? Pues yo creía que la señorita pasara muchas.

GUA.—Sí, muchas. Cuando tenía corazón.

DOR.—¿Cómo que cuando tenía corazón? ¿Ya no lo tiene?

GUA.—No. Es uno de los favores que le debo y para el que todavía no encontré bastante con qué pagarlo. Abre.

DOR.—¡Eso no puede ser verdad!

GUA.—Abre, abre.—(Dorotea va a abrir la puerta.)—Y gracias a no tenerlo, va firme la cabeza y va muy derecha la voluntad.

DOR.—Me parece que es al contrario. Yo que usted me ponía en cura.

GUA.—¿Y qué va a decirme un médico?

DOR.—No, no. En cura de sotana y que echa se bendiciones.

GUA.—Ni pensarlo siquiera. ¡Abre!

(Dorotea abre.)

ESCENA II

DICHOS: ALFONSA y CHICHITO

ALF.—No te apresures a vestirte, que el ensayo no empezará hasta las cuatro o las cinco. Aún

falta un trasto de la decoración del primer acto, que han ido ahora al taller a buscarlo. Conque calcula...

CHI.—(*De frac.*)— Quién iba a decir que aquí faltaría un trasto...

ALF.— Quién lo iba a decir... estando tú.

CHI.— ¡Ay, qué graciosa!

(*Corre tras ella y al fin la pesca. Alfonso chilla.*)

GUA.— ¡¡Vamos, Chichito! ¡Chichito!

CHI.— ¡Ya está dejada... ya está! Pero te lo recordaré mañana cuando te den la primera grita de las varias que llevaremos en el estrenito. ¡Hay que ver el estrenito de mañana! ¡Me juego un duro a que no se rien más que en las escenas serias!

GUA.— Que te pueden oír... ¡calla! No quiero que en mi cuarto se despelleje a nadie.

CHI.— Despellejar es mucho... Pero unas tiritas, nada más que unas tiritas, si lo debes consentir, para no romper la tradición.

GUA.— Tampoco.

CHI.— Entonces habrá que emigrar...

ESCENA III

DICHOS: el AUTOR

AUTOR.— Guadalupe... Hemos suprimido la escena segunda, y usted ya no sale hasta la primera.

GUA.— ¿Cómo hasta la primera?

AUTOR.— Perdone usted... ¡quise decir la tercera! ¡Estoy loco! ¡Y tengo un miedo...!

CHI.— No hay por qué. La comedia es muy bonita.

AUTOR.— ¿De veras?

CHI.— Ahora lo estábamos comentando, y todos tenemos la misma seguridad.

AUTOR.— ¿De veras?

ALF.— Todos...

AUTOR.— Gracias, gracias. Mañana pasará... lo que pase... pero ahora me dieron ustedes un respinito. Gracias. Voy a prevenir a Hércules del corte.

CHI.— No se moleste usted... Esa escena es una de las que no se sabe...

AUTOR.— ¡Pero la aprendería! Me lo prometió solemnemente.

GUA.—Prevéngale, sí...

(*Mutis autor.*)

CHI.—¡Y puede que de buena fe se lo crea...!
Es un congriol

GUA.—¡¡Chichito!!

CHI.—Olvidaba que nos hallamos en el santuario del arte y en donde toda censura está prohibida.

GUA.—Prohibida, no; suplicada. ¿Que la comedia es mala?

CHI.—Como lo es.

GUA.—Pues dilo sencillamente así. Aun siendo enemigo mortal del autor, no podrías decirle una frase más cruel que esa: la comedia es mala.

ALF.—Y aún puede que guste.

ESCENA IV

DICHOS: el PELUQUERO

PEL.—¿Quiere mirar si ha quedado, señorita Santos?

GUA.—¿A ver, maestro?

PEL.—¿Ponemos la peluca?

GUA.—Para el ensayo, no.

PEL.—¿Va bien así, o anhela *ustez* el cabello más esponjado?

GUA.—No, maestro. Lo anhelo como está.

PEL.—Celebro haberle dado gusto, señorita Santos. Bueno... a *ustez* es muy fácil. El tono rosa-mate-nacarado de su tez de *ustez* casa admirablemente con los medios colores.

GUA.—Usted, que es muy habilidoso.

PEL.—No, yo no. La cabeza de *ustez*, que se presta y es agrádecida. Para mí es un orgullo el trabajarla a *ustez*, señorita Santos.

CHI.—Lo mismo digo, maestro.

GUA.—Pero con menos razón, Chichito.

CHI.—No es culpa mía.

ESCENA V

DICHOS: LUZ

LUZ.—¿Tienes una cinta morada, Lupe?

GUA.—(A *Dorotea*).—Mira si la hay.

DOR.—Donde la hay de fijo es en la tienda.
Pero usted se deja saquear.

GUA.—Anda, mira.

LUZ.—¡Qué preciosidad de pelucal

CHI.—Otra admiradora, maestro.

PEL.—Muy amable... A ésta señorita también la ondulo yo.

CHI.—Le envidio. ¿Y es de las que prestan la cabeza?

PEL.—¡Ya lo creo!

CHI.—Pero no es como Guadalupe: rosa-mate-cloro-boricada.

PEL.—Otro género de belleza, y, por mi parte, dicho se está que otro género de trabajo.

CHI.—Variedad, maestro, variedad. Es mi norma también.

ALF.—La tuya principal es el pico.

I.—¡Ay qué graciosa!

(Se levanta rápido como si fuera a ir tras de ella, pero se sienta de nuevo. Alfonsa corre y chilla.

DOR.—¿Por qué chilla?

ALF.—Creí que ven a.

DOR.—(Imitándola).—Pues no ha venido.

CHI.—Es la primera vez que se ha equivocado... ¡la pobre...!

ALF.—(Riendo).—¿Y qué?

DOR.—¿A que chilló precisamente porque no vino? ¡Las hay, las hay!

ESCENA VI

DICHOS: HÉRCULES

ALF.—¡Vamos, tül!—(A Hércules).—¿Qué ha tenido tu mujer, Hércules?

HÉR.—(De frac).—¡No me lo preguntes, Alfonsal! Lo de todos los años.

ALF.—¿Un nene?

HÉR.—Sólo que este año, y sin duda para romper la monotonía, duplicó la gracia.

LUZ.—¿Dos nenes?

HÉR.—Dos... ¡y van quince! ¡Señor! ¡Señor! Y el ama que me pidió ya doble sueldo... ¡con razón! Si ha de poner la mesa para dos... ¡Señor! ¡Señor! ¿Tienes una aguja con hilo negro, Lupita?

GUA.—Mira, Dorotea.

HÉR.—Porque la mujer no está ahora para pegar botones. ¡Señor! Dorotea, mira de paso si tenéis un poco de veneno... ¡Y que un hombre haya de trabajar en estas condiciones!

PEL.—Los artistas nos debemos al arte en todo momento.

HÉR.—(Indignado).—¿Qué arte, rizapelos? ¡A mí me van a pegar un botón, pero yo a usted le voy a pegar un tiro como vuelva a nombrarme el arte para nada!

PEL.—(Espantado).—¡No he querido ultrajarle a usted, señor de Hércules!

HÉR.—¿Y las patillas?

PEL.—(Aún más espantado).—¿Qué patillas?

HÉR.—¡Las mías, rayo, las mías! ¿Es que no saco yo unas patillas en esta obra?

PEL.—Yo no sé...

HÉR.—Pues el autor me dijo que las necesita para mi personaje. Por lo visto, hay un chiste con patillas en el segundo acto.

PEL.—Pero yo no sé nada del papel.

ALF.—Ni Hércules tampoco.

HÉR.—¡Para pensar en las comedias estoy yo ahora! Bueno, ya lo sabe: hágalas.

PEL.—¿Y cómo han de ser? ¿Grandes... o de boca de hacha... o...?

HÉR.—A mí qué me importa eso.

PEL.—Pero señor de Hércules, si usted no me dice lo que desea...

HÉR.—Arréglese usted como le dé la gana. Yo, con decir a la Empresa que usted no me las trajo, he concluido.

PEL.—¡Está bien! Pero dispense usted que se lo manifieste claramente: ¡Así no hay arte posible!

(Mutis).

DOR.—¿Le sirve está?

LUZ.—Sí. Ya te la devolveré, Guadalupe.

(Mutis).

GUA.—Trae la aguja, Dorotea.

DOR.—Tómela... y pinchele. Está muy decaído y eso puede que le reanime.

HÉR.—(Dándole el botón).—Gracias, hija... El último... Y disimuladme un poco este mal humor de ahora, pero estoy dado a los cuatro enemigos del alma.

ALF.—Los enemigos del alma no son más que tres, Hércules.

HÉR.—Para un cómico son cuatro siempre: el mundo, el demonio, la carne... y el empresario.

ESCENA VII

DICHOS: AUTOR

AUTOR.—Oiga, Alfonsita... La escena cuarta se ha quitado.

ALF.—¿La mía? ¿Entonces no voy a decir nada? ¿Y para eso me hace usted gastar en vestir?...

AUTOR.—Usted la decía muy bien... ¡muy bien, Alfonsita!, pero el director asegura que pesa...

ALF.—Las suyas únicamente se deben conservar... porque él las dice.

HÉR.—Que diga también las mías si le acomoda. Yo se las cedo.

CHI.—El director le aconseja a usted perfectamente, que ninguna obra fracasa por lo que se quita...

AUTOR.—Así me argumentan, que es por mi bien...

DOR.—¡Qué va a ser, hombre! ¡Se lo dicen a usted y usted se lo traga todo, porque es usted un pajueta, hombre!

GUA.—¡Doroteal...

AUTOR.—Puede que tenga razón...

CHI.—Puede...

ESCENA VIII

DICHOS: ROMÁN

AUTOR.—¿Recibió usted mi carta? Le agradezco profundamente que haya venido al ensayo.

ROMÁN.—Con mucho gusto.

(*Se quita el gabán, que Dorotea se lleva.*)

AUTOR.—Y si me diera usted su opinión... ¡pero con sinceridad, eh, maestro, con sinceridad!

HÉR.—(*Solemne*).—Román... En ese caso, estoy a tus órdenes...

ROMÁN.—¿Para qué?

HÉR.—Para el desafío. Como haya sinceridad, es inevitable.

AUTOR.—Si don Román se dignara hacerme alguna observación, sería para mí un gran favor, que mucho puede enseñarme y mucho me queda aún por aprender.

ROMÁN.—Y a todos, que este es oficio de empezar siempre.

AUTOR.—Gracias, maestro, gracias. Guadalupe... si no le molesta a usted mucho venir al escenario para que pasemos las modificaciones...

GUA.—Nada. Vamos.

AUTOR.—¡Confío tanto en usted para salvarmel...

GUA.—Y nos salvaremos. No tenga cuidado.

(*Mutis Guadalupe, Autor y Dorotea.*)

ALF.—Dice que nos salvaremos...

HÉR.—Puede ser... Con un gran arrepentimiento y un gran dolor de conciencia por lo que hayamos pecado en esta vida...

(*Mutis Alfonsa y Hércules.*)

ESCENA IX

ROMÁN: CHICHITO

CHI.—Deme las gracias, Román, que le he quitado a usted una mosca. El González ese, que le rondaba a la Guadalupe, y anoche lo he desengañado.

ROMÁN.—¡Hizo usted muy mall

CHI.—¿Va usted a disimular conmigo? ¡Que los pescaron o ustedes abrazados, Barraditas!

ROMÁN.—Eso sí...

CHI.—Pues si usted reconoce eso, yo me figuro lo demás.

ROMÁN.—¡No señor!

CHI.—¿Hay cosas extraordinarias?

ROMÁN.—¡No señor! Nada. En absoluto, nada. Le doy a usted mi palabra de caballero.

CHI.—Ya tiene usted fama de negarlo, ya. Las mujeres le citan a usted como ejemplo de discreción. Dicen, por lo calladito, que parece usted un casado...

ROMÁN. Nunca fui lenguaraz, pero en este caso le juro a usted que no hay de qué hablar.

CHI.—No lo repetiré si a usted le desagrada,

pero creermelo, no. A tanto no llega mi candidez. Y usted mismo ha de confesar que si nadie se atreve con la Guadalupe no será por fea. Es que respetamos los derechos de alguien.

ROMÁN.—¡Gracias! ¡muchas gracias! Pero eso me indigna más aún contra mí mismo, ya que por mí culpa, y sin razón ninguna, le estoy causando un flaco servicio a esa criatura.

CHI.—No. Mucho perjuicio no la lleva usted irrogado, que la niña cobra sus siete duros, tiene cuarto para ella sola, como las primeras actrices, y hace sus buenos papelitos, que sin usted no haría uno, más que las consabidas criadas. ¡Usted la ha quitado de servir, Román!

ROMÁN.—Vaya... ¡le hablaré a usted con franqueza!

CHI.—Encantado... a no ser que con la franqueza me largue usted un nuevo infundio.

ROMÁN.—La verdad. Es cierto que nos abrazamos, pero fué ya de intento.

CHI.—¡Clarol Siempre se abraza de intento.

ROMÁN.—No. Que fué ya deliberadamente para que nos sorprendieran. La Empresa quería despedirla y sólo se evitaba haciéndola creer en una gran intimidad, y como yo acababa de negarla simulamos que nos sorprendía en el mo-

mento mismo de sentir los pasos de Forraqueira. Pero ni antes de eso, ni después de eso, nunca, jamás, hubo entre nosotros la menor licencia.

CHI.—¡Sólo faltaría que un autor como usted, acostumbrado a crear mil enredos para los personajes fingidos, no tuviera una explicación verosímil para defender a una persona de carne y hueso!

ROMÁN.—¡Bien, Chichito!

CHI.—¡Y dejándole a usted tres años para pensar la situación! Milagro que no me la contó usted dialogada y con frases de fulminante...

ROMÁN.—¡Bien, Chichito, bien! ¿De modo que a la fuerza tendremos que casarnos?

CHI.—Qué humorista...

ROMÁN.—¡Que unirnos!

CHI.—Para quedar ustedes medianamente, sí, señor.

ROMÁN.—¡Chichito!

CHI.—Van tres años que la Compañía lo sabe.

ROMÁN.—¡Pero si es mentira!

CHI.—No importa. La Compañía lo sabe. Y en la hipótesis absurda de que ya no estén unidos deben ustedes unirse inmediatamente, ¡pero inmediatamente, Barradas...! aunque no sea más que para darle esa satisfacción a la Compañía... ¡que bien ganada se la tiene ya, caray!

ROMÁN.—(*Desesperado*).—¡Bueno!

CHI.—Y no es usted justo con Guadalupe, cuando a todos nos consta que por usted ha roto con el juez aquel..., por usted no acepta a nadie y a usted le quiere.

ROMÁN.—¡Que no, Chichito, que no!

CHI.—¡Vaya! ¡Y no consentiríamos nosotros que ella no le quisiera a usted! ¡Sería una ingritud!

ROMÁN.—Bien... ¡pues adelante! Yo estudiaré el caso... ya veremos como lo resuelvo... y de todos modos hágame usted ya el favor de pedirle mil perdones a la Compañía por este retraso involuntario.

CHI.—Así lo haré, sí, señor.

ESCENA X

DICHOS: ALFONSA

ALF.—Que te aguardan, Chichito...

CHI.—Un momento...

(*Mutis.*)

ROMÁN.—¿No quiere usted conversación conmigo, Alfonsa?

ALF.—(*Sentándose*).—¿Por qué no?